

El laberinto sirio

Carlos LARRINAGA

Historiador

A menudo me acuerdo de una frase que me dijo Tomás Alcoverro, el decano de los periodistas occidentales en Oriente Próximo, en su casa de Beirut en agosto de 2012: “Carlos, en Líbano supimos cuándo empezó la guerra, pero no cuándo iba a terminar”. Duró quince años. Alrededor de una mesa y en buena compañía, estábamos hablando del conflicto en Siria, que entonces se prolongaba ya unos catorce meses. En estos momentos, a poco tiempo de cumplirse un lustro de duración, no resulta fácil encontrar una salida a esta encrucijada. Todo ello a pesar de la resolución de la ONU del pasado mes de diciembre, de la conferencia de paz de Ginebra y de los acuerdos del cese de las armas entre Estados Unidos y Rusia. De manera que a día de hoy no parece que estas iniciativas estén dando los frutos esperados. Las negociaciones están atascadas y el enviado especial de Naciones Unidas, Staffan de Mistura, no ve fácil la reanudación de las conversaciones inmediatamente. De hecho, el alto el fuego contemplado en la mencionada resolución no se ha cumplido, a expensas de que entre en vigor el día 27. Es más, apoyándose en la aviación rusa, el Ejército sirio está aprovechando para ganar territorios en el norte. El mensaje está muy claro: reforzar su posición con vistas a la maltrecha reunión de paz. Así lo ha expresado recientemente el propio Bashar al-Asad en una entrevista televisada. Los avances militares en la provincia de Aleppo son un revulsivo para el régimen, que ve la posibilidad de derrotar no sólo a los rebeldes, sino también a los yihadistas del Frente al-Nusra y del Estado Islámico. Quizás la única buena noticia entre tanta destrucción sea que la ONU ha empezado a distribuir víveres y medicinas en las localidades sitiadas.

Pero como sucedió en el Líbano, en Siria, además de un enfrentamiento civil, nos encontramos también con una dimensión internacional que no debemos perder de vista. Las protestas de marzo de 2011 fueron protagonizadas por personas que buscaban la democratización del sistema político. Siempre al calor de otras revueltas acaecidas en otros estados próximos y que algunos medios occidentales denominaron “primaveras árabes”. Cuando tales demandas devinieron en conflagración se empezó a hablar de la lucha entre sunitas y chiítas, incluyendo a la familia Asad en este último grupo. En aquel entonces entraron en juego otros actores de la zona. En efecto, mientras Arabia, Turquía y las monarquías del Golfo Pérsico, mayoritariamente sunitas, apoyaban a los sublevados y a las organizaciones terroristas; Irán y las milicias de Hezbolá se alineaban con el ejecutivo sirio. De suerte que lo que había comenzado siendo un toque de atención de carácter político pasó a convertirse en un choque religioso. Simplificando, en un combate abierto entre sunitas y chiítas en toda la región. La guerra se internacionalizaba y Siria pasaba a convertirse en el gran campo de batalla de ambas ramas del Islam. Ahora bien, estos nuevos protagonistas no se presentaron solos, sino acompañados de más participantes. De la mano de Riad y Ankara acudieron los Estados Unidos y sus aliados. De la de Irán, Rusia. Con lo cual la refriega se sobre-dimensionó. En especial, con la creación del Califato Islámico y el rosario de atentados auspiciados por el ISIS en diferentes ciudades. Dicha internacionalización trajo consigo, además, un nuevo fenómeno terrorista más cruel aún que el de Al-Qaeda.

Desde comienzos de otoño se diría que estamos en una nueva fase. La escasa efectividad de los bombardeos de la coalición liderada por EEUU sirvió a Moscú para iniciar sus propios ataques aéreos. Una Rusia apesada por el asunto de Ucrania ha visto su oportunidad de reivindicarse como gran potencia en el enmarañado tablero sirio. Y lo cierto es que no le está yendo mal, debido a los evidentes acercamientos a Washington, pese a no compartir el mismo diagnóstico en la solución de este problema. Por contra, los roces con Turquía están siendo progresivamente más graves, al punto de que las relaciones diplomáticas están bajo mínimos. Algo que tampoco es nuevo, puesto que en los últimos siglos los lazos entre ambos países han sido endebles, enfrentándose en varias ocasiones. No creo que ahora la sangre llegue al río, pero lo cierto es que recomponer la confianza mutua llevará tiempo. Pues el gobierno turco también está aprovechando esta circunstancia para

ajustar cuentas con los kurdos, enemigos del EI. Si ya Erdogan criticó duramente la ayuda militar proporcionada al Kurdistán iraquí en su pugna contra el yihadismo, la ofensiva que está dirigiendo contra los kurdos del norte de Siria es, cuando menos, chocante. Davutoglu habla de acciones preventivas, ya que apoyan al PKK, pero son claramente inadmisibles. Hasta EEUU le ha pedido contención en este asunto, si bien está claro que Ankara parece más empeñado en “resolver” a cañonazos la cuestión kurda que en derrotar al Daesh. Al fin y al cabo, esta organización terrorista puede provocar una úlcera de vez en cuando con sus atentados, pero los kurdos suponen un cáncer en este área y un peligro de desmembración de la propia Turquía.

En consecuencia, si los distintos protagonistas en esta espinosa crisis sólo miran por sus intereses geo-estratégicos o por atender otro tipo de preocupaciones, difícilmente podrá alcanzarse la paz, con la amenaza de que, como en la nación de los cedros, las hostilidades puedan durar también quince años. Siendo así, ¿a quién le importa de verdad los ciudadanos sirios? Me temo que a muy pocos...

20 de febrero de 2016

Publicado en *El Diario Vasco*, 27 de febrero de 2016, p. 26